

EN TORNO AL DIALOGO CON EL MARXISMO

Queremos referirnos a una obra reciente del P. Dubarle (1) que en estas líneas extractamos. El núcleo de la obra la componen dos conferencias dadas por el P. Dubarle, en París y Lyon, en las "Semaines de la pensée marxiste", organizadas por los comunistas en invierno de 1964, a las que invitaron a los católicos, conferenciantes y oyentes, para entablar diálogo con ellos.

1) El texto de las conferencias ha rodeado el autor de largas reflexiones sobre posibilidades y conveniencias de tal diálogo. Entre dichas observaciones, inserta largos trozos del *Rapport Ilitchev* (versión casi íntegra en Inform. Cathol. Intern. 1 marzo 1964). Es un documento comunista, publicado casi al mismo tiempo y que expresa la doctrina "oficial" del marxismo. En él se reitera la posición de un ateísmo militante, agresivo, y los propósitos de combatir activamente toda religión, hasta la desaparición completa de la misma en la sociedad, que ha de ser sustituida por la concepción científica.

Se afirma, en efecto, en el mismo, que la "concepción científica marxista-leninista", que es la concepción materialista del mundo, es totalmente incompatible con la ideología religiosa. Los progresos y descubrimientos de la ciencia deben eliminar paulatinamente toda religión, pues el desenvolvimiento de la ciencia lleva siempre una regresión constante de la religión, la cual es una rémora para el progreso científico. Y como principio del comunismo se reitera la educación de todos los trabajadores en la ideología científica, con la lucha activa para eliminar la religión, es decir, la educación ateísta. La intensificación de esta educación en la concepción científica, atea, que haga desaparecer todo prejuicio religioso, es un deber ideológico del Partido. Más aún, esta formación en la ideología científica marxista, con la implantación del ateísmo y desaparición de toda religión, es condición *sine qua non* para la instauración de la sociedad comunista.

(1) DOMINIQUE DUBARLE, O. P. : *Dialogue avec le marxisme*. Paris, Ed. du Cerf 1964, pág. 172.

2) El texto de la primera conferencia, cuyo título es, *Un croyant devant le matérialisme de la science*, p. 39-56, es del todo inaceptable.

Previamente insinúa, p. 35-36, una dura crítica de la teología recibida, que es "teología antes de la ciencia", fundada sobre una filosofía escolástica que también desconocía la ciencia moderna.

Esta teología es ahora inaceptable y "nosotros los creyentes actuales no podemos sostenerla hoy". Una "élite" de creyentes intelectuales, puestos al servicio de la ciencia, y gran parte del clero actual ya vivimos nuestra fe al margen de esa teología. Y eso porque prestamos ya adhesión a la "conciencia científica del mundo" (que es la concepción materialista de los marxistas, según indica citando un párrafo de uno de ellos, Truchet, quien explica los fenómenos religiosos por complejos psicológicos y leyes sociológicas, p. 37). Y debemos ensayar otra armonización de nuestra fe con nuestras convicciones científicas.

Esto supuesto, pasa a exponer "el materialismo científico", que es el conocimiento científico de la materia por sus propias leyes empíricas, que exponen los marxistas. El autor alaba incondicionalmente este materialismo científico, y lo hace suyo, aunque no entra en particularidades explicando cómo entiende esa materia, o "sustrato elemental de la realidad". Y pudiera muy bien entenderse, de una manera aceptable, en el sentido de un materialismo o empirismo científico *metódico*, que se atiene a las explicaciones científicas de los procesos físicos, abstrayendo metódicamente de la explicación filosófica, o del mundo inteligible, pero sin negarlo.

Pero es claro que no lo entiende así el P. Dubarle, sino como explicación científica *suficiente* de la realidad. Porque afirma, p. 50-51, que no se deben buscar más explicaciones espiritualistas, es decir, otras causas espirituales, para interpretar los procesos físicos del mundo. Y añade que "ni Dios ni el alma espiritual han de hacerse intervenir como suplementos de causalidad indispensables para explicar la aparición de la vida en el mundo, o el surgir del cuerpo humano en el seno del mundo terrestre de la vida", p. 51.

Se comprueba aun más esto porque, a continuación, p. 52-53 hace equivalente su "materialismo científico" al de los marxistas. Acepta, en efecto, tres estadios en la explicación científica del mundo: a) el determinismo científico de las leyes físicas, aun moderno; b) el determinismo de la mecánica "quántica" con el probabilismo actual; c) la dialéctica marxista de la naturaleza. Y añade que este determinismo dialéctico, o explicación dialéctica de la naturaleza, todavía no se ha fijado en leyes científicas que acepten los físicos, sino que es aún expresada "como intuición" o visión del mundo necesaria para explicar la inteligibilidad del mismo. Pero que podrá avanzar con el tiempo hasta poder expresarse científicamente. El autor lo cree así, y está dispuesto a colaborar con los marxistas en dar base científica a esa dialéctica de la naturaleza.

Por ello el P. D. "acepta plenamente" ese materialismo científico, con el cual a la vez conjuga y vive su fe de católico. Dicha conjugación no parece ser otra que la "visión" de Teilhard de Chardin de un evolucionismo total de la materia hasta su pleromización en Cristo, basado en el concepto monista del espíritu material y la materia espiritual, y que lógicamente termina en un monismo panteista. Así lo insinúa con fuerza la última y grave frase de p. 56: que su aceptación completa del materialismo de la ciencia le pone a él, católico, frente a la concepción de "un universo humano de querer libre, que es también un universo sobrehumano del Amor". No se olvide que los marxistas alaban la visión de Teilhard como compatible con su ateísmo científico.

3) En unas extensas declaraciones posteriores, p. 57-64, el autor reitera su adhesión a este "materialismo de la ciencia" o materialismo dialéctico de la naturaleza.

Pero insiste a la vez en que dicho materialismo es compatible con la religión, y con una filosofía como conocimiento e intelectual investigación "sobre la realidad del universo percibida como materia en movimiento", dando lugar a una multitud de procesos, expresados en leyes, sobre la producción natural de las cosas. Y hasta sería compatible "con la espiritualidad verdadera, más fuerte que la muerte, de la vida humana", p. 64. Aunque añade que "el problema humano del espíritu y de su posible destino transcendente a esta vida hoy se pone sobre otra base". (Por algo confiesa que *l'Humanité* le ha apelado un hombre de ciencia con fe de carbonero, a despecho de su cultura científica, p. 64).

En la segunda conferencia, *Praxis et Morale*, con las extensas explicaciones previas, p. 71-111, el autor llena de elogios a los teóricos marxistas y con agrado los reconoce una Moral, y una honestidad a veces superior a muchos católicos, si bien se declara reiteradamente religioso, creyente y católico delante de ellos. Insiste ampliamente en que los intelectuales católicos deben esforzarse en entablar diálogos, encuentros y confrontaciones con los marxistas ateos, y colaborar con ellos "en la construcción de este mundo" en un línea marcadamente irenista.

En toda esa disquisición, de tipo práctico, no faltan expresiones altamente llamativas. El autor se declara "católico libre-pensador" p. 91, y se lamenta mucho de lo mal que se ha llevado —en su primera fase— el asunto de los sacerdotes obreros, a favor de los cuales se declara, p. 70. Con gran jactancia asegura que ellos, los intelectuales católicos al servicio de la ciencia, son invulnerables en su fe a los argumentos contrarios, p. 77. Y añade asimismo que su actuación dialogante con los marxistas y ateos nada tiene "de apostolado y misión", es decir, de pretensión de traerlos a la fe, porque cada uno es libre de seguir la acción del Espíritu y su conciencia (p. 109-111, en lo cual parece haber recibido críticas pues se defiende en nota).

Y habla también "de la grandeza humana" del marxismo, del "espiritualismo propio del ateísmo", etc.

4) En otro extenso capítulo, que "recoge experiencias del diálogo", p. 113-155, el autor da marcha atrás, exponiendo cómo este diálogo es bien difícil, sin que pase de preparación previa, aunque fructuosa.

Además, dicho diálogo no cabe sino entre algunos católicos y algunos marxistas, no entre el catolicismo y el marxismo, sostiene citando, p. 123-4, una declaración del *Osservatore Romano* que, hablando de las entrevistas de La Pira en Rusia, afirma ser "inconcebible" tal diálogo.

Todo ello porque los marxistas "no respetan las reglas de juego" ni sostienen con fidelidad un contrato. Ellos tratan únicamente de imponer su ideología marxista y atea, y eliminar la ideología religiosa. Y añade que a tal *praxis* o táctica del ateísmo militante marxista, expuesta, en el *Rapport Ilitchev*, es decir, a tal dogmatismo ateo intransigente, se mantiene también fieles los marxistas franceses, citando textos del marxista Garaudy p. 128, 144. Antes sin embargo, p. 36-37, afirmaba que el marxismo francés no mantenía tal dogmatismo intransigente, sino cierta posición de coexistencia pacífica con los sentimientos religiosos, hasta su desaparición total con la implantación de la sociedad comunista.

Todavía al final, p. 154, aparecen unas frases de reconocimiento sincero a los marxistas que han permitido tales primeros contactos para el diálogo.

Más, en cuanto a la posición teórica, el *Envoi* final, p. 157-172, no deja lugar a duda que el P. Dubarle mantiene las mismas ideas del "materialismo científico", con pretensiones de demostrar científicamente la visión Teilhardiana del panevolucionismo de la materia hasta su divinización pleromizante.

Se defiende, en efecto, el autor de que los mismos marxistas le acusen de "fideísmo" y voluntarismo gratuito en la aceptación de una fe religiosa. Pero su defensa es desoladora, como aparece en las declaraciones finales, p. 166, 171-172, tan oscuras y del mismo sabor de existencialismo panteísta que al principio. Viene a decir que su fe no es empobrecimiento de su libertad personal, porque él escoge libremente el Amor, que es Dios, sin dejar de ser, a la vez y plenamente, *él mismo*, o Dios hecho todo en todos, Dios entre sus hijos, nacidos de El para que permanezcan en El. Y que en tal fe, nacida del amor, no debe imaginarse un sistema de premios o castigos venidos de fuera, ni encuentro obligatorio de los hombres con Dios en la cita del último juicio...

Así viene el autor a juntar las preocupaciones del teologismo actual con el materialismo científico del marxismo...

Lamentamos que, en este pequeño volumen, sin duda escrito con toda buena voluntad, el P. Dubarle, tan admirado en amplios círculos...

culos por sus conocimientos "propiamente" científicos, sin disputa alguna tan relevantes, haya hecho, no obra de científico, sino de ideólogo peligrosamente inclinado hacia el marxismo.

Sus elucubraciones no son resultado de conclusiones científicas o experimentación física, sino que se mueven al margen de la ciencia, en el plano de una "visión" ilusoria del universo a lo Teilhard de Chardin, y con la vana pretensión de una futura demostración científica de tal concepción materialista, y marxista, del mundo. Pero es bien extraño y puro paralogismo que, mientras tanto y en nombre de la ciencia moderna, se preste plena adhesión a una "visión" que sale totalmente fuera de las vías de demostración científica.

Y es que en esta explicación suprema de la "realidad", ya no tiene la última palabra la ciencia, sino la sana filosofía iluminada por la teología católica.

En todo ello se advierte una palpable confusión de método, del tránsito indebido del científico a filósofo... materialista, con un extremo fideísmo y negación de la teología católica tradicional. No es extraño que la obra haya sido objeto, ya a raíz de su aparición de una dura crítica de teólogo tan ponderado como el P. Philippe de la SS. Trinité (2).

Desconozco el contenido de esta crítica. Pero es deplorable la posición del P. Dubarle que pone su ciencia, o mejor, su prestigio científico, no al servicio de la verdad católica, sino del marxismo ateo. A tal extremo no debe de ningún modo llegar el deseo del diálogo con el marxismo.

Esperamos, y vivamente deseamos, que su buen juicio hará reflexionar al autor y retornar a sus firmes posiciones e investigaciones científicas.

TEOFILO URDANUZ, O. P.

(2) PHILIPPE DE LA TRINITE, O. C. D.: *Progressisme doctrinal catholico-marxiste*. Ephemerides Carmeliticae 15 (1964) p. 374-483. La crítica del P. Philippe, que posteriormente hemos leído, se extiende sobre todo, y muy duramente, sobre el problema de la moral atea, que nosotros omitimos.